



La cobija

Segunda parte



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 4

La cobija

Segunda parte

Relato pal desolvido derivado del informe
«Qué le digo yo. No se sabía qué dolía más».
Daños y afectaciones psicosociales y recursos de
afrentamiento en víctimas y sobrevivientes
de violencia paramilitar, publicado por
el CNMH en 2024.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 4

La cobija

Segunda parte

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

**Centro Nacional de Memoria
Histórica**

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea metodológica y conceptual
Apropiación Social de la Verdad
Histórica de la DAV**

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vannezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la
revisión técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 24
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-61-6
ISBN digital: 978-628-7792-74-6
ISBN colección impreso:
978-628-7792-55-5
ISBN colección digital:
978-628-7792-69-2
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *La cobija. Segunda parte*.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso,
se disponga la autorización del
Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

La cobija. Segunda parte / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 4).

24 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-61-6

ISBN digital: 978-628-7792-74-6

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos – Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Víctimas del conflicto armado 5. Paramilitares – Colombia 6. Daño emocional I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



I

Días después de salir del hospital, la tía Vicky invitó a Yiyi y a Rosalbita a comer helado para agradecerles.

Las tres mujeres, cada una con su cono de dos bolitas, echaron a andar dejando a Rosalbita tomar la delantera, mientras la tía Vicky, apenas abriendo la boca, le adelantó a Yiyi:

—Ya que vos tenés voz y podés hablar, tengo tres cosas pa decirte.

Lo primero que le dijo fue que no le contara absolutamente a nadie nada acerca de su pasado.

—Si alguien pregunta —continuó la tía, sin levantar la voz—, decí que acabás de llegar a Cali y que tus papás se quedaron en el campo.

Tras decir esto, la tía Vicky propinó una voraz dentellada al helado.

Lo segundo que la tía Vicky le dijo a su sobrina fue que ya no había excusas para que Yiyi no fuera a la escuela.

—Voy a hablar con la profe Lucy —agregó—, ella puede recibirte en su clase.

—¿Y la tercera?

El tercer lugar lo ocupaba la pregunta que había rondado a la tía Vicky desde que Yiyi llegó. Y quiso dejarla salir sin más, para poder finalmente escuchar lo que su sobrina había visto y vivido la noche que huyó de casa. Pero, de repente, algo muy dentro suyo la detuvo: un miedo tenebroso, un temor terrible ante la posibilidad, después de tanto tiempo, de saber la verdad.

—¿Cuál es la tercera cosa? —insistió la niña.

En ese instante, una moto pasó junto a ellas y su conductor, mirando a la mujer y luego a la niña, dijo coquetamente:

—¡Adiós, cuñadita!

El episodio, aunque incómodo, le sirvió a la tía Vicky como salvavidas en el mar de pensamientos en el que había caído. Llamó a Rosalbita y no tuvo que hacer nada para que Yiyi, entre risas, contara acerca del tipo que piropeó a la tía.

II

Con 11 años cumplidos, Yiyi entró a cuarto de primaria, al curso de la profesora Lucy. Le tomó un par de semanas adaptarse a la nueva rutina y, entre la profe y la tía, se encargaron de nivelarla con sus compañeros de curso. Yiyi culminó el año sin destacarse, integrándose como una estudiante más.

Fue estando en quinto de primaria cuando —los fines de semana— Yiyi empezó a asistir también a clases de baile con algunas compañeras del colegio. En la música y el baile encontró una escapatoria a la tristeza que tantas veces se apoderaba de ella hasta producirle sudores y dificultades para respirar; e incluso halló una forma de proyectarse a futuro, imaginándose en un escenario, bailando al ritmo de una buena orquesta para un público emocionado.

Con el pasar de los años, la presencia de Néstor en la casa —así como sus contribuciones económicas— fue haciéndose cada vez más escasa.

Poco después de que Yiyi cumpliera 13 años, la tía Vicky decidió que ya era hora de que la jovencita aportara a la economía doméstica. Así, varios días a la semana, Yiyi acompañaba a su tía a la panadería y, a cambio de un exiguo sueldo y comida, atendía también a la clientela y se encargaba de mantener el local limpio y ordenado.

III

A sus 15 años, a Yiyi se le presentó la primera oportunidad de brillar en un escenario. Una importante escuela de baile organizó un concurso y para participar debía contar con la autorización de padre y madre, o de quienes cumplieran ese rol.

Vicky nunca pensó que Néstor se fuera a enfurecer tanto cuando le pidió que firmara la autorización para que Yiyi pudiera concursar.

—¡Se estaban demorando! —bramó él— Así empiezan: primero una firma, después el apellido y al final la herencia.

Vicky no se atrevió a insistirle. En cambio, le dijo a Yiyi que no contara con Néstor.

—La única opción —agregó la tía— es que le digás a tu abuelo.

Desde que recuperó el habla, Yiyi había visto solo un par de veces a su abuelo. Le parecía un tipo avaro y amargado. No entendía por qué Rómulo era tan diferente de su tía y su querido padre.

Superando la antipatía que le producía, fue a visitarlo. La negociación dio resultado: a cambio de la firma autorizadora, Rómulo obtuvo de Yiyi una jornada de aseo y organización de su casa —que buena falta le hacía.

Así, Yiyi pudo no solo concursar —sin lograr un lugar destacado en la competencia—, sino también conocer un poco más a su abuelo.

El domingo después del concurso, la tía Vicky vio a Néstor empacando sus cosas. Ella le preguntó qué estaba pasando y él respondió que se iba para no volver más e hizo oídos sordos a los reclamos de su mujer y a los ruegos de su hermana.

A Vicky le dio duro ese abandono, pero, ya acostumbrada a la ausencia de Néstor, no se derrumbó. Quien sí se vino abajo fue Rosalbita, incapaz de entender por qué su hermano se desentendía también de ella.

IV

Culminó Yiyi sus estudios escolares sin mayor sobresalto. Y el colegio, decidido a celebrar por todo lo alto el grado de la promoción 2008, organizó un bazar con el que recogió fondos para pagar una buena orquesta que amenizara la celebración de los graduandos y sus familias.

Sin dejar de asistir a las clases de baile ni al trabajo en la panadería, Yiyi alcanzó la mayoría de edad. Los últimos años no habían sido fáciles. Además de estudiar, bailar y trabajar, había tenido que ponerle más atención a Rosalbita, a quien llevó consigo más de una vez a las clases de baile, compartiéndole así su recurso contra la tristeza. No así pasó con su tía, que se negó a ir a bailar: «Suficiente sudo cada día», fue su tajante respuesta. En cambio, fue poco a poco poniendo en mayor evidencia su nueva y estrecha relación con el trago.

El abuelo —al que Yiyi se acostumbró a visitar dos o tres veces al mes— le dio cien mil pesos como regalo de grado, al tiempo que se disculpó por no poder asistir a la fiesta.

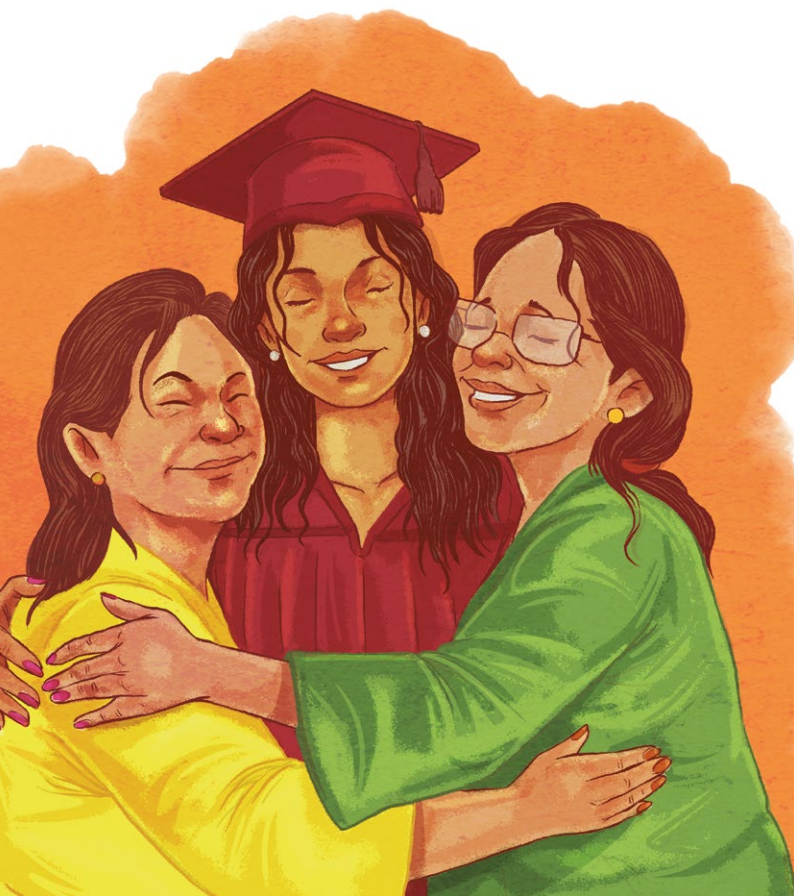
Después de pasar por el salón de belleza —primera vez que Rosalbita tuvo las uñas pintadas y maquillaje en el rostro—, vistieron sus mejores galas y dirigieron sus pasos al lugar de la celebración. Ya desde entonces Yiyi percibió el tufo de su tía, pero no dijo nada.

Entregado el diploma, se abrió paso la fiesta. Y la tía Vicky, más locuaz que de costumbre, olvidando a su cuñada, se puso a hacer amigos y aceptó cuanta copa le ofrecieron.

Yiyi, al ver a Rosalbita sentada sola, la integró, la presentó en sociedad como su hermana mayor, y se aseguró de que no le faltara pareja. Rosalbita bailó feliz, gozando la música a su manera.

Fue muy llamativo el momento en el que la tía Vicky, ya pasada de copas, le arrebató el micrófono a una cantante y, con más entusiasmo que afinación, cantó hasta el final la canción que la orquesta interpretaba.

Yiyi no se quedó hasta el final. Pidió disculpas por tener que irse temprano, y también por la escena ofrecida por su tía.



V

Una tarde, dos semanas después del grado, Yiyi sorprendió a su tía al informarle que saldría a bailar con unas amigas. Vicky se sorprendió al escucharla, no al enterarse de que su sobrina saldría —una vez más— con sus amigas a bailar. Desde aquella noche en que, entre Rosalbita y Yiyi, la llevaron en taxi hasta la casa y, una vez allí, la acomodaron para que durmiera cómodamente, su sobrina no había vuelto a dirigirle palabra.

Con un gesto, tras escucharla, la tía Vicky se dio por informada y la dejó partir. Dieron las 10, las 11 y la medianoche. Nada. La tía empezó a angustiarse mal. Por suerte el sueño la venció a las 2:00 a.m., aunque la preocupación y la costumbre la despertaron a la hora habitual: 4:25 a.m.

Tras comprobar que Yiyi no había vuelto, se bañó, desayunó un tinto envenenado y un bana-

no; despertó a Rosalbita y le pidió que estuviera pendiente por si llegaba Yiyi y salió rumbo a la panadería para avisar que, hasta que su sobrina no apareciera, no volvería a trabajar.

Sus planes se desinflaron al ver a Yiyi atendiendo en la panadería. Se acercó a ella y apretándole un antebrazo le dijo:

—Hablamos en la casa.

Ya en la casa, a mediodía, almorzaron en silencio. Concluida la comida, la tía Vicky mandó a Rosalbita a hacer un mandado y, ya a solas, le dijo a su sobrina:

—No he hecho sino cuidarte y así me pagás.

—Gracias por cuidarme —respondió altiva Yiyi—, pero no esperés que me hunda con vos.

La tía Vicky levantó su mano abierta.

—¡Escuchame a esta! —exclamó.

—Es mejor que me vaya —respondió Yiyi, tomando distancia—. Tenés que calmarte y aceptar que te volviste borracha.

Vicky lanzó un manotazo que cortó el aire sin tocar a Yiyi.

—Calmate, por Dios bendito —le pidió Yiyi—. Voy a estar donde el abuelo, si querés buscarme.

Yiyi empacó sus cosas mientras esperó a que volviera Rosalbita. Cuando llegó, se despidió cariñosamente de ella, le prometió visitarla pronto y después se marchó.



VI

Dos semanas después de irse a vivir donde el abuelo, Yiyi se acercó a su tía Vicky al salir ambas del trabajo en la panadería y la invitó a comer helado.

Ya cada una con su cono de dos bolitas, la tía preguntó a qué se debía la invitación.

—No te voy a mentir —confesó Yiyi—: vos y Rosalbita me hacen mucha falta; además, vos sabés, tu papá ya se acostumbró a vivir solo hace muchos años. A veces, siento como que hasta le estorbo, aunque se ha portado bien conmigo, me dijo que podía ayudarme a pagar algún curso de secretariado o de enfermería...

La tía terminó su helado y Yiyi seguía hablando; así que le puso una mano en el hombro —lo que detuvo el caudal de palabras de Yiyi—, le agradeció por el helado y añadió:

—Vos también nos has hecho mucha falta, Yiyi, y yo sé que ni tu abuelo ni nadie se va a ofender si te regresás pa nuestra casa. Eso sí: no podemos hacer como si nada hubiera pasado. Nos hicimos daño y hay que mirar cómo hacemos pa que no nos vuelva a pasar.

Aprovechando que su sobrina seguía ocupada con el helado, continuó:

—Yo sé que a vos no te gusta que yo tome trago. Si tomo es pa no sentirme tan sola, tan abandonada; y creeme, yo hago el esfuerzo, yo intento siquiera bajarle, pero es que me gana... Tengo que buscarme algo distinto...

—Yo te invité a bailar y vos... —la interrumpió Yiyi.

—Es que a mí lo que me gusta —la interrumpió a su vez Vicky— no es bailar, es cantar.

—Tía, ¿y vos nunca te soñaste con ser una cantante famosa?

María Victoria soltó una sonora carcajada.

—No, Yiyi, yo que voy a andar soñando esas cosas. Mis sueños son más modestos.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, yo soñaba con tener mi propio restaurante; pero ya ve, hija, terminé de mesera en una panadería.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/que-le-digo-yo-ya-no-se-sabia-que-doliamas/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



En la segunda parte de esta historia, Vicky invita a su sobrina a comer helado y le aconseja: «Si puedes hablar, mejor sé prudente: estudia, trabaja y baila, sin abrir mucho la boca, que es mejor que la gente no sepa de tus dolores ni conozca tus sueños para dañarlos».
